

Queridos compañeros:

Supongo que ya sabéis cuál es el engaño cotidiano que no paran de intentarnos hacer tragar con las convocatorias públicas de este Régimen (que muchas veces las llaman actividades culturales, proyectos, propuestas, iniciativas, eventos, homenajes, presentaciones de libros y demás): el engaño es que por un lado quieren que vaya cualquiera, que le interese a cualquiera (como si tocaran lo común) y, por otro, quieren que se hable o se trate o se cante y se escuche de un tema en particular: de la chorradilla particular producida por los autores y autoridades que están detrás. Con 'particular' viene a decirse: definida, con fines tajantes. Cualquier protesta o pregunta la atajan tranquilamente diciendo que eso se sale de la temática, del alcance, del propósito, de los intereses, de las posibilidades, etc., del 'proyecto'. (En esas protestas hay que incluir las que puedan salir entre los que preparan el 'proyecto'). Se atienen al programa y, desde luego, ya sabe uno que le pueden soltar eso de "ya sabías a lo que venías". Y, efectivamente, ya lo sabía uno. Lo sabía uno, sí. Pero también sentíamos que esa llamada al común, a cualquiera (cualquier llamada a cualquiera), está prometiendo (y se está sustentando en) que puede pasar cualquier cosa en común, que se va a hablar o a cantar para cualquiera (o sea, para nadie en particular): que no nos convocan con fines particulares, para el interés de ellos, sino que es de interés común. ¿Acaso no es éste el engaño que se nos impone por todos los laos? ¿Acaso no están siempre prometiendo que se va a tratar de lo que nos pasa (de si nos pasa o no), para después, cuando vamos, ponernos a mirar a lo que no tiene que ver con lo que pasa? Sí. Esta promesa (necesariamente falsa) está incluida en cualquier convocatoria pública.

Sin embargo, claro, reconocemos grados en el asunto. Reconocemos que cuanto de más arriba viene la cosa, pues más crueles y tajantes son en la promesa que hacen. Más prometen y con más insistencia. Por miles y decenas de miles de veces planean (y lo llevan a la práctica) el informarnos de que se va a producir un evento (sin que nadie pueda decir nada, sin que nadie rechiste. ¿Se sabe de algún Régimen tan atroz que pueda lograr esto? ¿No basta sólo esto para una y otra vez suprimir la inofensiva palabra 'Sociedad', cambiándola por la de 'Régimen'?). Y, de igual forma, también reconocemos que cuanto de más arriba viene la cosa, más planeada y organizada está para que no pueda salirles nada mal: que no pueda haber una queja. Y en esto se incluye que no se descubra en la gente el aburrimiento. El aburrimiento nos trae necesariamente el engaño del que hablamos (el cambiazo que nos dan al hacernos mirar a lo que no tienen que ver con lo que pasa). Cuanto de más arriba, más intentan con todas sus fuerzas entretenernos

y divertirnos: que no se note el cambio.

Y también, cuando la cosa viene de más abajo, pues vemos que esa promesa (que necesariamente también se hace, y que necesariamente también es falsa), pues en primer lugar no es tan insistente: ¿Os imagináis a alguien, por mucha confianza y amistad que tengáis con él, que os informe doce veces de una convocatoria? Es inimaginable que no salte ahí algo como Razón, y diga “¡para!, ya me lo has dicho”. Y también, en segundo lugar, la cosa está planeada para que nadie pueda decir nada o nadie se le note el aburrimiento. No está tan cerrado. Y, si se habla bien, no hay más remedio que empezar por desmentir desde el comienzo esa promesa que está ahí, formando parte de la convocatoria, y por tanto intentando ya engañar desde antes de que “empiece”. Cualquier convocatoria pública con fecha y hora y alguien que lleve la voz cantante, debería empezar por desmentirse a sí misma, de desmentir que se vayan a cumplir los fines que estaban prometidos (y ¿conocéis alguna convocatoria que llegue al extremo de honradez como para reconocer que no sirve para nada?).

Bueno, pues yo creo que estas cosas que podemos sentir como de más abajo, pues nos animan a asistir a ellas, por ver si, de chiripa, pasa algo. Por ver si se llega a traicionar a la convocatoria y sus fines, dejando que la cosa vaya por donde vaya. Por ver si no sale una vez más la acusación de “ya sabes a lo que venías”. Claro, no suele pasar. Mayoritariamente no pasa. Cuando uno, guiado quizá por algunos nombres que le son simpáticos, se anima a dejarse caer para ver si pasa algo, para ver si el homenaje prometido lo es de verdad, hablando de lo que nos duele y tal, y nada más llegar, por ejemplo, ve subido a un escenario a uno de esos graciosos de la tele, soltando sus chistecillos para hacer reír al supuesto público (y parece que con éxito) pues la congoja y el terror que le invaden a uno le impiden ni siquiera acabar de entrar en la sala. El timo se siente en las entrañas, y tiene uno que alejarse dejando ahí al muchacho con pistola que tienen en la puerta, y preguntándose precisamente eso: ¿por qué coño no se estaría hablando de por qué hay un muchacho con pistola en la puerta? ¿por qué coño no sale toda esa gente al parquecillo de enfrente, y se ponen a hablar, a comprar cervezas a los chinos y a cantar? Eso sería demasiado, sería demasiado gozoso... no hay por qué pasarse con los homenajes.

Pues sí, éste es el caso inmesamente mayoritario de las convocatorias que nos llegan. Pero, por suerte, no son todas. Aunque a veces nos ataque muy a lo bravo la certidumbre (falsa) de que parece ya imposible nada público, nada hecho para dar en la herida, en lo común, en lo que nos pasa, pues... eso: como es una certidumbre (simple y

llanamente por eso, porque no hay más certidumbres que las falsas) pues tiene que fallar, y falla. Y el otro día tuvimos una de esas suertes y de esos goces que desmienten la terrible mentira de que “la mierda de la Realidad es todo lo que hay”, cuando estuvimos viendo a Ester Bellver en su obra de teatro, que interpreta ella misma en Madrid, y de la que quizá ya tenéis noticia: se titula “Protagoniza” y la hacen en la sala El Montacargas (c/Antillón, 19). Desde luego, no es una obra de teatro normal, a la usanza del Régimen, sino que es una acción de verdad contra él. Es algo totalmente extraordinario, sin igual. No está hecha para entretenernos sino para atacar (por eso no tiene que luchar contra ningún aburrimento), y lo hace, primeramente y ante todo, con las cosas que dice. Con el ‘no’ que está resonando en cada frase. Lo demás, lo del arte con que está escrito y dicho, no estoy yo en disposición de juzgarlo, sino sólo en la de dejaros el testimonio de mi asombro, mi goce y mi agradecimiento sin límites. Ester, entre otras muchas cosas, hace una que me parece indispensable para cualquier acción de ataque tal y como nos caen encima ahora las cosas del Régimen: atacar a la pro-fesión. Atacar a las cosas y mentiras que nos caen en los trabajos. Atacarlo en el trabajo mismo, claro (no tomando café). Y eso requiere, me parece que necesariamente, el colocarse manifiestamente en contra, ante las empresas y organismos, y ante los compañeros. A veces puedes ser amargo, se entiende. Pero, claro, con eso cuentan, con lo amargo que le puede resultar a uno (amargo sólo para la persona y el funcionamiento de sus relaciones: porque para lo que habla en contra de las mentiras y deja de soportarlas sin chistar, no se puede imaginar mayor goce). Y como la profesión de Ester es precisamente ésa, la de ponerse delante del público, pues resulta que esa necesariamente abierta rebelión se ha echado a hacerla lo más públicamente que nadie pudiera desear: en el teatro, ante cualquiera. Alguien que coja una cartelera de Madrid para ir al teatro puede, sin más, encontrarse con que encima de las tablas se habla sin descanso y sin disimulos contra el Régimen que le cae encima. Y eso es extraordinario, es sin igual. Es hacer. Es que se vea y se oiga lo que no se veía ni oía. Mil gracias a Ester por su palabra y su arte.

Salud! Pablo.